

Para ser de los nuestros

(*Diario de Navarra*, 1.08. 2003)

Vivimos del tópico como del aire que respiramos, pero aceptamos de mejor grado la noticia de la contaminación atmosférica que la de nuestras frases hechas. Poner en solfa tan arraigadas muletillas sería como quitarnos nuestras andaderas: nos vendríamos al suelo.

La casa común

La verdad es que a menudo los tópicos cumplen alguna función indispensable. Verbigracia, la de ahorrarnos explicaciones cuando entramos en cierto tipo de charla, que sería muy fatigosa como tuviéramos que envolver con razones todo cuanto decimos y sin poder descansar en lo que damos ya por sabido. El tópico viene a ser un cemento de nuestras relaciones cotidianas. Por servirnos del eslogan instalado no hace mucho en el vocabulario político de nuestro país, el tópico sería nuestra “casa común”, un espacio que habitamos con toda naturalidad y complacencia. Pero en esa calidez, en ese carácter inmediato y contagioso, reside justamente su máximo peligro. En el funeral uno dice, por ejemplo, que *ya ha descansado el pobre*, y sólo con ello queda integrado en el grupo de los cercanos y ahoga de paso la penosa sospecha de que tal vez quien ha descansado de veras es uno mismo; suspiramos con el *no somos nada*, y así eludimos meditaciones más hondas sobre nuestra condición mortal.

De suerte que, si no es factible -ni prudente- prescindir de todos ellos, nos conviene tomar precauciones al menos frente a los más reiterados. Son esos comodines del lenguaje ordinario los que nos aportan la tranquilidad de que no estamos solos. Tal es el cometido primero de los tópicos: acomodarnos al grupo, arroparnos con “lo que se lleva”, vestirnos a la moda verbal del momento a fin de llegar a *ser de los nuestros*. En una palabra, volvemos *normales*. ¿Pero no dejó escrito un filósofo que la normalidad es la enfermedad moral de nuestro siglo?

Porque el tópico acostumbra ser hijo preferido de la pereza mental y hermano del prejuicio. A base de amontonar esos lugares comunes, construimos nuestra comunicación más impersonal y automática. Decir lo que *se dice* ofrece la ventaja de que nos permite opinar sin el esfuerzo (y el riesgo) de pensar lo que decimos y, por si fuera poco, alcanzar la ilusoria certeza de entender y ser

entendidos. Es un decir lo que se espera oír y a un tiempo lo que nos oculta. Comentar lo que *se comenta*, sin otro cuidado, nos protege frente a cualquier extrañeza y nos gratifica con la rutina superficial de todos los días. Ya sólo eso debería ponernos en guardia contra el cómodo recurso al latiguillo. ¿Trataré de hablar yo mismo o dejaré que sean los anónimos demás quienes hablen por mí? ¿Habré de someterme a la suave pero férrea presión del entorno o me atreveré a desafiarla y arrostrar así -por distinguirme- su condena?

Nada de inocentes

No se vaya a creer, pues, que los tópicos resultan modos más o menos inocentes de expresarnos. Habrá que mirarles las tripas, no sea que estas monedas corrientes de la conversación faciliten nuestro intercambio al precio de degradarlo. Podría ser que varios de estos fetiches verbales, bajo su amable apariencia, transporten más ignorancia que sabiduría y nos instalen en un *blablablá* vacío y satisfecho. Lo que sería aún peor: que la miseria intelectual y moral que suelen encerrar contribuya a nutrir nuestra propia miseria. Repetimos que *una imagen vale más que mil palabras*, pongamos por caso, porque ya no estamos dispuestos al trabajo de ordenar y argumentar que exige el discurso razonable; porque la ley general del espectáculo, que hoy predomina, nos quiere pasivos y las palabras activos; porque es mucho más fácil, en fin, quedarnos en la apariencia de las cosas que traspasarla...

Nuestros tópicos delatan las creencias vigentes en nuestra sociedad, los prejuicios colectivos. En una sociedad, y cultura, y partidos y medios de comunicación... *de masas*, lo que ellos transmiten es lo que gusta a la masa; no precisamente lo más precioso, sino eso que es capaz de aprobar (y consumir) el más torpe de la multitud. Y como lo que más agrada a la masa es la masa misma, y lo que ella más detesta es el individuo, el acudir a los lugares comunes representa un modo seguro de congraciarnos con la mayoría. O sea, con lo que está mandado. A usted no le hace falta justificar por qué ha emprendido algo ni averiguar cuánto vale lo que ha hecho, porque saldrá del aprieto diciendo que *lo importante es que me he divertido haciéndolo*, y basta. No hay por qué dar razón de ningún juicio de valor, sólo faltaba, en cuanto uno pueda replicar que lo suyo ha sido *un simple comentario*. No habrá dicho nada, pero le aceptarán todos.

Runrunes sobre lo público

Esos tópicos no se nos adhieren como si fueran algún *fatum* o destino inevitable. Sólo son fatales en el sentido hoy coloquial de este adjetivo, como algo que nos hace daño individual o colectivamente. Ciertamente que nos vienen ya impuestos por el ambiente, por la atmósfera espiritual que nos acoge, pero acabamos siendo responsables de hacerlos nuestros y dejarlos pasar como si nada o librarnos de ellos. Uno diría que, precisamente por estar tan enraizados, por ser como los carriles por donde transitamos casi todos, resultan a la vez los obstáculos mayores que la enseñanza ha de remover desde el primer día de clase; si no, nada se habrá logrado. ¿Y dónde se enseña hoy ese espíritu crítico a los propios enseñantes, ¿quieren decírmelo?

Nos interesan en especial los tópicos prácticos (o sea, los de naturaleza moral y política), precisamente porque tienen efectos prácticos. De saber o ignorar la fórmula del ácido desoxirribonucleico no se sigue nada para mi conducta ni para la organización de mi comunidad; pero una u otra idea de justicia o de los derechos o de la tolerancia orientan por fuerza mi comportamiento personal y señalan el modelo de sociedad que tengo por más valioso. Repetir a lo tonto que *nadie es más que nadie*, que *no quiero que me compadezcas*, que hay que saber *vender la imagen*, que no existe ideal más alto que *llegar a ser uno mismo*, o que *todo es relativo* (o *subjetivo*)..., aunque quizá sorprenda a algunos lectores, no nos pone en camino de nuestra mejora moral.

En el caso más particular que va a ocuparnos, el de los tópicos políticos, bastantes de ellos transmiten falsas creencias sobre nuestra vida y tareas públicas y, por eso, animan, amparan o consienten conductas incíviles o manifestaciones disparatadas. Eso sí, ejercidas o pronunciadas con la mejor conciencia, como algo sobre lo que nada hubiera que aprender, como quien sostiene lo más obvio porque lo sostiene todo el mundo. Tales tópicos lo mismo se encuentran a la derecha que a la izquierda, igual entre los políticos de profesión que entre los ciudadanos de escasa vocación, bajo una cultura o en otra. De los muchos hoy circulantes, bastará con esta docena y media que he seleccionado y les iré desgranando durante las próximas semanas.